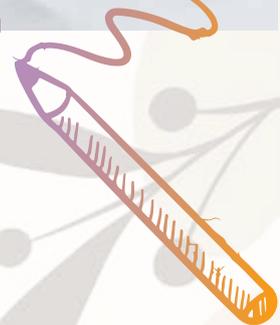


El Parlamento de Marcela

Historias escritas



Chusa



María Jesús Planet es una mujer moderna, de ideas frescas, su vida es el deporte y los valores de la competición. Tiene 64 años y prefiere que la llamen Chusa. Su historia va de la mano del nacimiento en España del triatlón, deporte en el que ella es pionera. Contar su vida es sinónimo de contar la historia de esta modalidad deportiva.

Chusa Planet es natural de Rivas-Vaciamadrid, una localidad en el oeste de Madrid. Su infancia la recuerda con pequeños acontecimientos en los que siempre estuvo rodeada de su familia. Asegura que en aquellos años era muy frecuente que las familias vivieran en el mismo barrio, por lo que estuvo rodeada no solo de sus padres y hermanos, sino también de sus abuelas y abuelos, de sus tías y tíos, primas y primos. Recuerda con mucho cariño las escapadas al campo en el camión de su abuelo o a su madre **“cosiendo hasta altas horas de la madrugada para ayudar en la economía familiar”**.

Chusa Planet es natural de Rivas-Vaciamadrid, una localidad en el oeste de Madrid. Su infancia la recuerda con pequeños acontecimientos en los que siempre estuvo rodeada de su familia. Asegura que en aquellos años era muy frecuente que las familias vivieran en el mismo barrio, por lo que estuvo rodeada no solo de sus padres y hermanos, sino también de sus abuelas y abuelos, de sus tías y tíos, primas y primos. Recuerda con mucho cariño las escapadas al campo en el camión de su abuelo o a su madre **“cosiendo hasta altas horas de la madrugada para ayudar en la economía familiar”**.

Pronto el deporte empezó a formar una parte esencial de su vida. Comenzó por el alpinismo y como preparación física salía a correr. Enseguida participó en algunas carreras populares que empezaban a proliferar en nuestro país a principios de los ochenta, incluido el maratón. Asegura que siempre fue muy asidua de esta prueba, que le requería mucho esfuerzo prepararla, pero que solo las personas que lo han practicado saben la felicidad que aporta el finalizarla.



En su primera juventud le tocó vivir los cambios que surgieron en España con la transición y la llegada de la democracia. Según explica: **“Fueron tiempos que se vivieron con mucha intensidad y a mí me pilló en la edad en la que estás descubriendo el mundo, de modo que te sientes un poco protagonista de esos cambios y desde luego la sensación de libertad se queda para siempre acompañándote a lo largo de la vida”**.



Chusa estaba inmersa en este proceso de cambios cuando empezó a oír hablar de la existencia de un nuevo deporte que cambiaría para siempre su vida: el triatlón. ¿Cómo sería ese nuevo deporte que incluía natación, ciclismo y carrera a pie? En aquellos años no había Internet, por lo que solo disponía de la información que le llegaba “por el boca a boca”. La curiosidad de Chusa por este nuevo deporte cada día era un poco mayor, así que cuando el 3 de agosto de 1986 se celebró en San Sebastián la primera edición no se lo pensó dos veces y se apuntó.

Los siguientes años los recuerda apasionantes. Por toda la geografía española surgieron organizaciones dispuesta a embarcarse en esa nueva aventura.

“Las personas pioneras tuvimos la fortuna de vivir un época apasionante e irrepetible”. Destaca que en muchas de las primeras competiciones ella fue la única mujer en competir, pero que nunca se sintió discriminada.



Asegura que siempre ha admirado a las verdaderas pioneras de las carreras populares. Siempre ha tenido presente a aquellas mujeres que participaron en el maratón de Boston en 1972 y que abrieron un nuevo horizonte para otras.

En cuanto al triatlón se considera una de las pioneras en España. **“Las pocas mujeres que nos atrevimos a esas distancias y a esas tres disciplinas juntas le pusimos un puntito de valentía”**, asegura Chusa muy orgullosa. Le gusta recordar que no fue hasta 1984, en los Juegos Olímpicos de los Ángeles, cuando se incluyó el primer maratón femenino. Con el tiempo se consiguió más participación y más visibilidad, y en el programa olímpico de Sydney 2000, mujeres y hombres fueron de la mano en las primeras competiciones olímpicas de triatlón. El triatlón nació en igualdad en las altas competiciones.

A Chusa no le resultó especialmente complicado compaginar su vida laboral, familiar y el deporte. Siempre sacó tiempo para entrenar y competir. Su marido también practicaba triatlón. Destaca y aplaude a sus compañeras triatletas que fueron madres y tuvieron que reinventarse para entrenar y participar en las competiciones.



A Chusa no le resultó especialmente complicado compaginar su vida laboral, familiar y el deporte. Siempre sacó tiempo para entrenar y competir. Su marido también practicaba triatlón. Destaca y aplaude a sus compañeras triatletas que fueron madres y tuvieron que reinventarse para entrenar y participar en las competiciones.

Después de diez años practicando triatlón, se retiró. **“Me apetecía retomar la montaña y otras cosas”**, explica. Para ella dejar de competir no suponía dejar de hacer deporte. **“Afortunadamente y a pesar del paso del tiempo, mantengo intacto el**

hábito de salir a correr y a rodar en bici". Con el paso de los años ha disminuido su intensidad y ha asumido la natural bajada de rendimiento, pero sigue siendo tan constante como entonces.

Chusa desea seguir cumpliendo años como hasta ahora, con salud y con su estilo de vida. Vive en un lugar que la estimula para hacer deporte, donde puede salir a correr o a caminar todos los días. Ella asegura que para afrontar los problemas que le han venido en la vida el deporte ha sido un apoyo indispensable. **"Yo la energía la obtengo de ahí, no la obtengo de ningún otro sitio"**.

Se define como una mujer trabajadora, hija, esposa, deportista, ciudadana y miembro de una comunidad. Es una mujer muy consciente de la realidad social que le ha tocado vivir. Cree que una niña hoy en día tiene más fácil practicar deporte que hace algunos años. Valora mucho que la educación sea igualitaria y que el deporte esté integrado en los programas escolares. En su opinión la oferta deportiva es amplia y desde edades tempranas las niñas pueden acceder a polideportivos, torneos escolares o actividades extraescolares. **"Y ya si en casa tienen a una mamá deportista, que las hay, entonces eso ya es fantástico"**.



Valora mucho que la educación sea igualitaria y que el deporte esté integrado en los programas escolares

Cree que hay que aplaudir los importantes avances que se han logrado en materia de igualdad. Felicita a todas las feministas y activistas que han trabajado desde las asociaciones y desde las instituciones para conseguir ese progreso. También considera que hay mucho por hacer, **"especialmente en estos momentos en que, desde algunos sectores, se cuestiona todo esto"**.

Según Chusa, las políticas igualitarias deben seguir abriéndose camino en ámbitos como las empresas, el deporte, la ciencia y, especialmente, en la educación. "La sociedad entera tiene que poner todo su esfuerzo y su empeño en la lucha contra la violencia de género, algo que una sociedad avanzada no se puede permitir".

Asimismo, Chusa cree que la sociedad no valora lo suficiente a las personas mayores. **"Las generaciones anteriores vivieron tiempos muy duros en España, por lo tanto, somos deudores de todo lo que trabajaron y lucharon"**. Cree que cuando las personas son jóvenes no se paran a pensar en las historias de la gente de más edad y solo cuando se van cumpliendo años se dan cuenta de que tienen experiencias e historias muy valiosas, que merece la pena escuchar.

En su vida ha tenido muchas facetas que la han hecho tener una vida plena y con el paso de los años ha aprendido a disfrutar de sus aficiones con menos intensidad, pero sin apartarlas. Así quiere cumplir años y anima a las demás a vivir con objetivos e intereses.

Aurora



Ganas de vivir y fortaleza mental acompañan a Aurora Pérez a sus 85 años, y al hablar con ella se nota que es una mujer que ha evolucionado y está plenamente integrada en la sociedad actual. Sus ideas, fortaleza, inteligencia y adaptabilidad caminan junto a su generosidad ampliando fronteras, más allá de Hontoria del Pinar, en Burgos, localidad en la que nació.

Ganas de vivir y fortaleza mental acompañan a Aurora Pérez a sus 85 años, y al hablar con ella se nota que es una mujer que ha evolucionado y está plenamente integrada en la sociedad actual. Sus ideas, fortaleza, inteligencia y adaptabilidad caminan junto a su generosidad ampliando fronteras, más allá de Hontoria del Pinar, en Burgos, localidad en la que nació.

Aurora describe su infancia como **“llena de claroscuros”**. Feliz, pero con pequeños detalles que pudieron marcarla a ella y a su familia. Murieron dos de sus hermanos. Uno por meningitis y otro ahogado en un río. Esto hizo que el carácter de su madre a veces fuera más complicado, pero **“a pesar de la pena que la invadía, siempre cuidó y dio cariño al resto”**.

Su familia tenía bueyes y gallinas, y a ella le tocaba muchas veces echar una mano con los animales. Asegura que no eran una familia pobre, siempre tuvieron trabajo para mantenerse. También recuerda con especial orgullo y cariño que su madre en muchas ocasiones le daba huevos a algunas vecinas con menos recursos para que pudieran alimentar a sus familias.

Valores como la generosidad y la sororidad entre vecinas los aprendió de su madre y los mantiene como pilares hasta el día de hoy.

Uno de los momentos “oscuros” de su infancia ocurrió en plena dictadura franquista. Intentaron detener a su padre y llevárselo en un camión junto a otros hombres del pueblo. Los culpaban “porque trabajaban los domingos”. **“Se salvaron todos porque el cura del pueblo intercedió por ellos y aseguró que eran buenos hombres”**, explica Aurora.

No tardó mucho en aprender que algunos hombres se sentían impunes para ejercer violencia contra las mujeres. Cuando tenía 16 años fue a un baile del pueblo y un chico quiso bailar con ella. Como ella se negó, el chico le dio un “tortazo” y Aurora se fue llorando.

Cuando explicó en casa lo que había ocurrido, su padre se presentó en la casa del muchacho que le había pegado y le dijo “que no la volviera a mirar jamás.” **Aún lo cuenta indignada y asegura que “se ha avanzado mucho en cuanto a la lucha contra la violencia de género, pero aún quedan cosas por hacer”**.



Conoció a su marido cuando él trabajaba en la construcción de las vías del ferrocarril cerca de Hontoria. Aunque en aquella época lo más normal era que los hombres se acercaran primero a las mujeres, Aurora asegura que ella le habló primero y que no le importó demasiado lo que dijese la gente. Pasaron los años y se casaron. Él se dedicó a cortar árboles. **Ella fue siempre la que mandó en casa. Tenía y tiene mucho carácter y él siempre la respetó.**

Tuvo dos hijos y tres hijas. Y cuenta que uno de los golpes más duros que le ha dado la vida fue cuando a una de sus hijas la atropelló un camión y murió. Su marido a partir de ahí sufrió una depresión muy grande y fue ella la que salió adelante por los demás. Una vez más se demostró a sí misma que era la cabeza de familia y que debía seguir luchando por las hijas y los hijos que quedaban. Y así lo hizo. Trabajó muy duro para reunir algo de dinero, comprar un par de casas en el pueblo y alquilarlas a los veraneantes. Fue muy ahorradora porque quiso “mandar a estudiar” a sus hijas e hijos y lo logró. Uno de sus hijos se fue de Erasmus, algo muy novedoso en un pueblo para la época. **En el año 98 las personas de su pueblo no estaban nada acostumbradas a que los jóvenes estudiaran en otro país. Ella siempre fue rompedora y adelantada para su época.**

Nunca educó con diferencias a sus hijas e hijos. Aprendieron por igual tareas y trabajos, ya que no creía en roles de género que imponía la sociedad.

Ha vivido parte de su vida de mayor junto a su marido. Después de jubilarse hicieron muchos viajes con otras parejas de la misma edad del pueblo, aprovechando el tiempo libre que esa nueva etapa de la vida les facilitaba. También logró sacarse el carnet de conducir a los 67 años.

Ahora es viuda y, aunque fue un golpe duro, nunca dejó que la tristeza y la melancolía la destruyeran. **Siguió cuidando a los animales que tenía, cosiendo para la familia y para ella misma, oficio que aprendió en su infancia cuando una mujer del pueblo llamada Irene le enseñó a coser, y le dejó a su hija una de las casas que había adquirido para que montara su propio negocio.**

En la actualidad sale a caminar a diario, le gusta comer sano y lee mucho. Les ha pedido a sus nietas que le instalen Netflix en su televisión para poder ver las películas y series que le gustan. Hace un tiempo empezó a perder visión y aprendió una técnica de costura que le resultaba mucho más fácil, el ‘Patchwork’. Disfruta de ir a casa de sus hijas e hijos y de pasar tiempo con sus nietas y nietos.

Aurora ha sido y es una mujer muy luchadora. Siempre ha encontrado la forma de ganarse la vida, de sacar adelante a su familia y de no dejarse amedrentar por nada ni por nadie. Ella ha mantenido a la familia unida. Es el pilar fundamental. Es una mujer conocida y querida en su pueblo y mantiene relación con sus amigas y vecinas.

Una mujer que, con sus altibajos en la vida, ha sabido sacar la parte positiva, disfrutar, aprender y convivir.



Catalina



Catalina J.P. nació en la localidad almeriense de Oria hace 93 años, su vida no ha sido nada fácil pero sigue siendo una mujer fuerte, de ideas claras y avanzadas. A Catalina la define muy bien una frase de Virginia Woolf “No hay barrera, cerradura ni cerrojo que puedas imponer a la libertad de mi mente”. Un ejemplo para todas.

Está claro que Catalina ha sido una mujer que no se ha ceñido a los moldes de la época y la sociedad, los ha roto. Ha sido una mujer luchadora, que ha mirado a los problemas de frente. Se ha negado a depender de nadie, ha educado a su hija y a sus hijos en valores como la igualdad, y sin distinciones. Tiene arraigo en su pueblo, donde los vecinos y vecinas la conocen y la respetan.

Catalina llegó al mundo en una familia con pocos recursos. Era la mayor de dos hermanas, y cuando su padre se fue a la guerra le tocó cuidar de la menor y ayudar a su madre a traer dinero a casa. Lavaba la ropa de la gente en fuentes y luego la repartía casa por casa para conseguir algo de dinero. Pronto empezó a tener inquietudes. Cuando veía a las niñas en el colegio envidiaba estar ahí aprendiendo. Tal era su deseo que un día cogió unas monedas y compró algo de material escolar para apuntarse a la escuela, pero cuando se enteró su madre se lo prohibió rotundamente. Un momento que la marcó pero que no le impidió, años más tarde, aprender a leer y a escribir ella sola, sin tutorías.

Nunca tuvo una figura materna referente. A día de hoy sigue echando en falta el cariño y el apoyo que nunca le dio su madre.

A los 16 años, después de solo nueve meses de relación, se marchó a vivir con su novio pensando que su vida mejoraría y tendría su apoyo. Se equivocó. Aquí empezó una relación tóxica con un hombre que nunca supo gestionar sus obligaciones ni sus adicciones. La maltrató física y psicológicamente. Bebía y

vendía lo que tenían para subsistir, en un contexto durísimo de posguerra. Catalina sola llevó el peso de la casa **“ él nunca pintó nada en la familia” asegura.**

Tal es así que decidió trasladarse a Andorra con él y con sus hijos para buscar una vida mejor, donde trabajó muchísimo para sacar a la familia adelante. Se fueron “con lo puesto” y poco a poco fue abriéndose camino, demostrándose a sí misma que si quería algo, con esfuerzo lo podría lograr. Trabajó en hoteles y por las noches tricotaba y bordaba, labores en las que fue completamente autodidacta.

Como recuerda, tras un largo periodo fuera decidió regresar, y a los cuatro años de volver a Vélez Rubio (Almería), donde se instalaron, su marido falleció. Más adelante conoció a otro



hombre al que desde el principio le puso límites: “nada de beber, nada de fumar, nada de bares y en mi casa mandó yo”, le aclaró. Con él asegura que conoció el amor y el respeto de pareja, estuvieron juntos 21 años, hasta que hace cuatro él falleció. Aunque con su segunda pareja fue feliz y tuvo una relación sana, Catalina insiste en que “si hubiese tenido otras posibilidades en aquella época, habría sido una mujer soltera y no me habría juntado con ningún hombre”.

Sus hijos viven lejos de Vélez Rubio, en Cataluña y Andorra, y su hija en Oria, su pueblo natal. Ella ha criado y educado a sus hijos y a su hija en valores como la igualdad y la honestidad. Nunca ha permitido que chicos y chicas tuvieran obligaciones diferentes. Nunca se ha dejado llevar por otras personas o por el “qué dirán”. Las normas sociales no la han condicionado en la toma de decisiones ni en elegir la forma de educar a sus hijos y vivir. Uno de ellos, murió de cáncer con 50 años y a raíz de esa pérdida, Catalina entró en un pozo. Cayó en una depresión que le hizo descuidarse, le costaba levantarse de la cama y hacer las labores más sencillas. Y como en tantas otras ocasiones fue ella la que se rescató a sí misma. Ella fue la que se miró y se dijo: “Mi hijo no querría verme así. Querría verme feliz”.

A partir de ese día, sin ayuda de nadie, alejó los pensamientos negativos y se prometió vivir con esperanza y alegría.

A día de hoy asegura que siempre ha tenido claro que ella debía buscarse la vida, traer su propio dinero a casa y ser independiente.

“Siempre he hecho lo que yo he creído bueno para mí y para mis hijos sin hacer daño a nadie”.

Uno de los pilares de la vida de Catalina ha sido su trabajo. Para ella tricotar y bordar “ha sido todo”, sustento, pasión y entretenimiento. Fue la forma de ganar dinero y sacar adelante a la familia. Además, tiene la satisfacción de que todas las casas de Vélez Rubio tienen algo hecho con sus propias manos. Durante toda su vida ha trabajado sin contrato, por lo que no ha podido cotizar y ahora solo cuenta con la pensión de viudedad.

Pero el espíritu luchador de Catalina no ha perdido fuerza con el paso del tiempo. **A los 65 años se sacó el carnet de conducir.** Aprobó la parte teórica a la primera porque memorizó el libro entero, asegura. A sus casi 93 años su día a día sigue siendo activo. Es madrugadora. Su día empieza a las 6:00 para hacer gimnasia en la cama. Estira sus músculos y mueve las articulaciones, además se da masajes a ella misma. La artrosis no le ha hecho mella en su estado de ánimo y lleva los problemas que le ha causado sin mucho pesar. Después, sale a pasear con su perra Laura, su mejor compañera. Tiene la suerte de contar con una auxiliar de la ayuda a la dependencia que le echa una mano en el hogar unas horas al día. Por las tardes suele hacer ejercicio con su bicicleta estática y ve algunas telenovelas.

¿Y la mente? Por supuesto que Catalina tampoco se olvida de esa parte esencial de la salud. Lee poesías antiguas y otras escritas por ella misma que ha publicado en un libro del que se siente muy orgullosa. Tiene una memoria privilegiada, y lo demuestra recitando poesías que tiene memorizadas.

Para las generaciones jóvenes tiene un mensaje muy claro: **“¿Por qué un hombre tiene más derechos que una mujer?”** Hay que enseñar a las hijas y a los hijos a vivir en igualdad, inculcarles que tienen que colaborar por igual en el hogar y en los trabajos”.



Elvira



Elvira Ramos es un ejemplo de activismo feminista, de compromiso social, de profesionalidad y de adelantada a su tiempo. Fue la primera mujer en dar clase en la Facultad de Medicina de la Universidad de Murcia. A sus 80 años sigue militando en política y siendo un ejemplo de compromiso.

Nació en Valencia en 1942, en una familia muy conservadora. En total eran 12 hijos e hijas, de los cuales dos murieron muy pronto. Asegura que su infancia con nueve hermanos y hermanas fue muy feliz y risueña. Sus padres eran maestros funcionarios por lo que no recuerda escasez en casa. En estos primeros años de su vida ya empezaba a notar diferencias entre la forma de criar a los chicos y a las chicas. Su madre permitía que los hermanos fueran a jugar con el balón, mientras que las hermanas tenían que quedarse en casa haciendo labores del hogar.

Estudió bachillerato gracias a las becas que le concedieron por mantener notas altas. A su padre le hubiera gustado que fuera monja, pero ella no estaba por la labor de escoger ese camino y empezó a estudiar Medicina. Al inicio de la carrera, su objetivo era convertirse en misionera, pero pronto las experiencias vividas en la universidad le fueron abriendo la mente y cambió de parecer.

El primer episodio de rebeldía que recuerda fue en el tercer año de carrera. Las monjas le propusieron hacer el noviciado, ya que los chicos se relacionaban mucho con ella. Dijo un no rotundo. Este fue su primer desvío del camino que otras personas querían escoger para ella. Fue Elvira la que tomó la primera decisión importante para su futuro.

A partir de este momento y en sintonía con las movilizaciones estudiantiles su pensamiento fue evolucionando. En su clase de Medicina había 140 personas, de las cuales solo 14 eran mujeres. Al comienzo de los estudios no se consideraba feminista, pero las experiencias vividas crearon en ella una conciencia que mantiene hoy en día.

Estudió en la universidad entre 1957 y 1965, en la época de la dictadura franquista. Ahí comenzó a participar en la Juventud Estudiante Católica, pero llegó un momento que vio que eso no la representaba y se afilió al Partido Comunista Español, aún ilegal en la dictadura. Ahí se sintió representada, ya que el parti-

do estaba trabajando por la liberación de la mujer y por una educación igualitaria, mixta y corresponsable. Empezó a leer a Simón de Beauvoir, que se convirtió en su referente, y se identificó como feminista.

Defendió el activismo feminista porque era la vía para que las mujeres pudieran acceder a educación igualitaria, a puestos que estaban reservados a los hombres y a oportunidades tanto laborales como sociales. Todo esto lo hicieron ella y sus compañeras alrededor del año 1965, de forma clandestina. Trabajaban a través de células que se centraban en problemas reales de las mujeres.

Hoy en día sigue siendo una persona muy activa. Sigue militando en el Partido Comunista, incluso viaja a otras ciudades para mítines y jornadas, porque considera que se tiene muy en cuenta a las



pidió que trabajara impartiendo clases. De esta forma, Elvira se convirtió en la primera mujer en dar clase en la Facultad de Medicina de la Universidad de Murcia. Para ella esta fue una experiencia fabulosa. Sintió cómo era respetada y admirada por los estudiantes por estar ahí, romper moldes y enseñarles Historia de la Medicina.

En su etapa como profesora, que duró 30 años, sí sufrió la discriminación por ser mujer. Un momento muy duro para ella fue mientras daba clase a las enfermeras. Les decía que ellas tenían un papel muy importante, que no estaban para poner cafés a los médicos y “que se hicieran valer”. Esto molestó al rectorado que interrumpió su formación a las enfermeras.

Además de ser profesora, aprobó las oposiciones de Medicina Preventiva y Salud Pública y en este punto comenzó otro aspecto muy importante de su vida profesional, a partir de aquí sintió que “ponía a prueba su cátedra”. Elvira volvió a demostrar su talento y su compromiso por el bienestar de la sociedad estableciendo protocolos y calendarios de vacunación a la población, que hasta ese momento eran inexistentes en Murcia.

Otro de sus logros profesionales fue la campaña contra el tabaco en Murcia en el año 81. Desde las escuelas se empezó a concienciar a la población de los perjuicios de este vicio. También trabajó duro para difundir la importancia de una buena alimentación y de hacer ejercicio físico para mantener una buena salud a lo largo de la vida.

Durante todos estos años nunca abandonó la política. Siguió militando y se movió por distintos pueblos para seguir creando conciencia y defendiendo los derechos de las personas más vulnerables.

Reconoce que llevó mal el cuidado familiar y de sus hijos. Tuvo ayuda de canguros, pero aun así siempre “corría para llegar a todo”. Aquí volvió a sufrir en sus carnes la desigualdad de género. Mientras su

marido podía acabar de dar clases en la universidad e irse inmediatamente después a las reuniones del partido, ella primero tenía que pasar por casa para ver y estar un rato con sus hijos. Asegura que la vida de una política nunca es fácil para sus hijas e hijos.

Por otra parte, Elvira destaca que en la política se sintió menos discriminada por ser mujer que en la vida universitaria, aunque en aquellos años el Partido Comunista aún era muy machista.

Un golpe muy duro para Elvira llegó a los 58 años porque se quedó ciega y le dieron la jubilación por incapacidad. A pesar de las dificultades que esto ocasionó, supo seguir adelante y mantener su actividad, sus intereses y su activismo.





personas mayores y su experiencia. Sigue tocando el piano y le encanta hacer ejercicio.

Cuando habla de la gente joven lo hace con admiración y respeto. Es consciente de las dificultades que sufren y aprecia la conciencia que, en su mayoría, tienen. A las chicas jóvenes les recuerda que el machismo no se ha acabado y las invita a reflexionar sobre la igualdad y la forma de lucha para alcanzarla.

A sus 80 años lanza un mensaje claro:” los cuidados deben ser una tarea de todas y de todos por igual. Da igual en qué momento de la vida los tengas que impartir, siempre debe primar la igualdad y la corresponsabilidad”. No es pesimista ante la vejez, al contrario. Agradece tener la experiencia que hoy tiene y el haber participado en todos los cambios sociales que se han dado.

Olvida

Como escribió el escritor y Premio Nobel portugués José Saramago “El arte de la vejez es arreglárselas para acabar como los grandes ríos, serena, sabiamente, en un estuario que se dilata y donde las aguas dulces empiezan a sentir la sal y las saladas, un poco de dulzura. Y cuando te das cuenta ya no eres río, sino océano”. Y un océano es Olvido Iglesias Álvarez, asturiana de Grado. Una mujer que mira la vejez con optimismo a sus 90 años, y que sigue manteniendo una viva pasión por la costura que le ha permitido, trabajando mucho, ganarse la vida y ser independiente.

Olvido nació en una familia sencilla asturiana. Su madre y su padre se dedicaban a labrar la tierra y no siempre le sobraron los encargos de ropa. “Cosí para medio Grado. Siempre procuré hacerlo todo bien. Me gustaba y me gusta hacer las cosas muy bien. Incluso hoy en día, si tengo que deshacer algo lo deshago, pero prefiero que se quede perfecto”. Fue autónoma y con el dinero que ganaba ayudaba en su casa y en la de sus padres.

Con el paso de los años Olvido nunca se ha desvinculado de la costura. Hoy cose para familiares que le hacen encargos y para ella misma. No le gusta comprar mucha ropa, prefiere arreglarla cuando es necesario.

recuerda en su infancia grandes escaseces. A los seis años empezó a ir a la escuela, donde estuvo hasta los 14. Algunos días faltaba porque tenía que ayudar a su familia en el hogar, pero aprendió a leer y a escribir sin problemas. A los ocho años empezó a coser. Uno de sus primeros recuerdos con la aguja es en casa de sus abuelos donde empezó a hacer muñecas de trapo. Cuando volvió a la de sus padres buscó los hilos y los trapos de su madre para seguir con su entretenimiento y claro... le cayó una regañina porque esos

materiales eran necesarios para coser las ropas de la familia. Hasta los 19 años estuvo en su casa colaborando en las tareas, cuidando a sus hermanas más pequeñas, y cosiendo de forma aficionada, era ella la que confeccionaba las faldas plisadas de sus hermanas. Su madre al comprobar esta habilidad con la aguja le propuso aprender un oficio, la costura, y aunque su padre al principio fue reacio, porque creía que debía quedarse en casa ayudando, al final no se opuso.

Su etapa aprendiendo la recuerda con mucho cariño. Se esforzaba mucho, y está muy agradecida porque le enseñaron de forma altruista. No tenía que pagar. Antes de acabar de aprender el oficio, una pariente suya le hizo el primer encargo. “Sabía que se me daba muy bien”, asegura Olvido. “Nunca podré olvidar ese primer trabajo: una bata de las abiertas por delante”. Poco a poco se corrió la voz por Grado





y los pueblos de alrededor y empezó a recibir gran cantidad de encargos. Se casó, y aquí llegó el momento ideal para demostrar su talento con el hilo y la aguja. Ella se hizo su propio vestido de novia, a su gusto. Lo sigue contando con orgullo y felicidad. Su marido nunca le impidió trabajar. “Mi marido me conoció así. Sabía lo que había y nunca me dijo nada”.

Con 30 años montó un taller en casa donde enseñaba a otras chicas a coser. Lo hacía de forma altruista, como le enseñaron a ella. Para Olvido fue una forma de seguir con una tradición bonita muy arraigada en las zonas rurales, y de devolver de alguna forma lo que para ella supuso contar con aquella oportunidad en el pasado. En total enseñó a ocho chicas el oficio de costurera. Tuvo que parar el taller cuando tuvo a sus hijos. “Ya no podía llegar a todo”.

Ella se hizo su propio vestido de novia, a su gusto. Lo sigue contando con orgullo y felicidad. Con 30 años montó una taller en casa

donde enseñaba a otras chicas a coser

Sus días ahora son tranquilos, pero siempre activos. Por las mañanas suele coser y arreglar su habitación. Pasea a diario con su hijo, con su nuera o con su nieta, vive con ellos, y suele dedicar tiempo a leer. **“Yo sin hacer nada no puedo estar”, dice.**

La vejez la mira con optimismo. Ha estado sana y, aunque ahora necesita bastón para caminar, dice que disfruta de lo que hace. No le gusta la soledad, pero hasta el día de hoy no la ha sufrido porque su familia la ha acompañado en todo momento. En cuanto a objetivos y planes, dice que por ahora desea seguir como está. Sana y disfrutando de las pequeñas cosas del día a día. Valora mucho el poder seguir cosiendo y ser prácticamente independiente.

Desea seguir como está. Sana y disfrutando de las pequeñas cosas del día a día

Cree que las jóvenes lo tienen un poco más fácil de lo que lo tuvo ella. Destaca que ahora pueden elegir seguir en el pueblo o estudiar fuera y conocer otra forma de vida, pero les aconseja que no pierdan sus



raíces y la unión con la tierra a la que pertenecen. Recomienda a las chicas que se hagan respetar por los demás. Y a su nieta le aconseja que **“cuide de sus padres, porque a ella la han cuidado siempre muy bien”**.

Olvido ha sido una mujer trabajadora, con una gran pasión: la costura. Ha ganado dinero haciendo lo que más le gusta y cuenta con el orgullo de que las personas de alrededor tienen prendas de ropa hechas con sus manos. Sigue unida a las agujas y los hilos por pura afición. Está en su tierra y con su familia, y esto la hace feliz en esta etapa de su vida.



Isabel

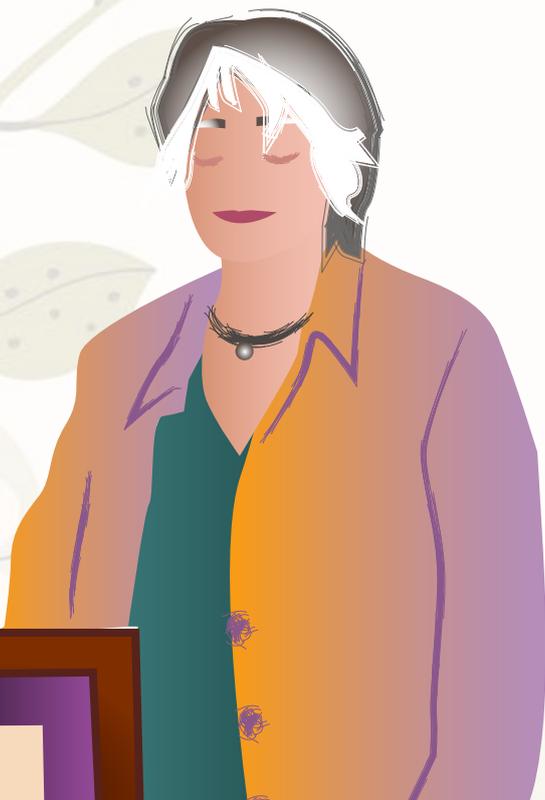


Isabel es una mujer que ha vivido según sus valores. Nació en el año 1943 en Satiurde de Reinosa en Cantabria. Siempre ha estado ligada al mundo rural, a la agricultura y a la ganadería extensiva. Ha sabido crear vínculos con los territorios en los que ha vivido, y el respeto por los pueblos ha sido una parte esencial de su filosofía de vida.

Isabel, que en la actualidad vive en Rivadedeva (Asturias), es la mayor de nueve hermanos. Su infancia la recuerda feliz y pisando mucha nieve “iba a pie al colegio a otro pueblo que estaba a dos kilómetros”. Tiene una imagen de su madre como una mujer muy respetada por su marido. A su padre también lo recuerda con especial cariño. Asegura que fue él quien puso en ella la semilla del amor por la tierra y la agricultura. La pasión por el conocimiento y las inquietudes. Cuenta con mucha ternura cómo su padre le leía por las noches sobre técnicas de agricultura e historias de las personas que trabajaban la tierra. En esas noches sin apenas darse cuenta quedó enganchada, por amor y admiración, a la tierra y su trabajo.

Cuando le llegó la edad de estudiar, Isabel no siguió el camino que siguieron la mayoría de sus amigas y compañeras. En aquellos años, muy pocas mujeres estudiaban y la mayoría de las que lo hacían optaban por el magisterio. Ella lo tenía claro. No quería ser profesora. Se negó a seguir ese sendero que de alguna forma imponía la sociedad. Admiraba a sus profesoras rurales, que tanto le habían enseñado, y apoyaba la decisión de sus amigas, pero ella estaba hecha para el pueblo. Quiso mantenerse siempre ligada a la actividad agraria y dedicar su formación y trabajo a ella.

Su madre y su padre criaron y educaron en igualdad a sus hijos e hijas. Siempre les dieron la misma educación. Isabel creció con esos valores, que luego ha transmitido a su hijos e hijas.



Estudió Formación Profesional para ser Instructora Rural y diplomada en Economía Doméstica. Entre los años 1963 y 1964 se unió a la promoción en alimentación y nutrición, siguiendo las pautas que marcaba la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura).

En el año 1965, con tan solo 22 años, se convocaron unas oposiciones de Extensión Agraria a las que se presentó y aprobó, **“fui muy metódica y constante”** explica. Su primer destino fue Ribadeo, en Lugo, y lo recuerda con satisfacción. Aprendió muchísimo sobre la agricultura de la zona, pero también aportó conocimientos técnicos. Se encargó de introducir la fresa inglesa, que daba fruta no solo en primavera sino

también en otoño. También trabajó para introducir cultivos como el madroño en aquella zona. Su carrera estaba empezando y ella lo sabía. Un aspecto que según Isabel fue esencial en su trabajo fue la introducción de los huertos familiares en algunos pueblos. Así se **mejoró la alimentación de muchas poblaciones del norte de España.**

Nunca se ha sentido discriminada en su profesión. Considera que valoraron su trabajo como una más y se le dio la importancia que merecía.

Isabel se casó con 26 años. Tuvo cinco hijos y cuenta que siempre contó con ayuda para compaginar el trabajo y la vida familiar. Su marido siempre la respetó y ayudó y recuerda con una sonrisa que **“el mejor momento fue cuando empezaron a ir al colegio”**. Si comenta que se encontró con casos de amigas y conocidas que dejaron sus carreras profesionales por sus maridos y para formar una familia. En su caso eso jamás fue una opción. Ella tenía claro que no quería seguir esa trayectoria y que tenía claro que tenía derecho a vivir según sus propias decisiones y preferencias.

A sus hijos e hijas los ha educado en la igualdad, en el respeto por todas las personas y el amor por el medio rural. Ahora que es abuela, se siente muy orgullosa de ver a sus nietas y nietos crecer en la sociedad actual, que en su opinión es un poco más igualitaria que en la que ella vivió.

Siempre ha valorado muchísimo el trabajo de la ganadería y la agricultura de extensivo, las familiares, las de los pueblos. Asegura que son las personas que trabajan la tierra y con los animales los que conservan el territorio y reivindica que deberían ser esas personas las que marcaran las pautas a seguir.

Isabel se jubiló en el año 2006, lo que le permitió tener más tiempo para dedicarse a sus otras pasiones: la historia y escribir. Ha escrito varios textos sobre el patrimonio de la zona en la que vive. Además, suele ir mucho al archivo de Llanes para investigar y descubrir datos, fechas y hechos históricos que envuelven a su tierra. Ha escrito un libro sobre la ampliación de la iglesia de Colombres. Y cuenta muy risueña que le encanta hablar con los turistas que visitan Ribadedeva para explicarles su historia y qué lugares deben visitar. Sin duda, al hablar con ella te das cuenta de la importancia de la vocación a la hora de trabajar. A sus años, aún valora y se siente orgullosa del trabajo realizado.

El aprendizaje para ella es el pilar fundamental de una vida plena. Es un valor que le inculcó su padre y que ella ha pasado a sus hijos, hijas, nietos y nietas. Gracias a sus inquietudes su mente se mantiene activa y lúcida y no ha perdido la ilusión por seguir aprendiendo y transmitiendo conocimiento.

Sin duda, al hablar con ella te das cuenta de la importancia de la vocación a la hora de trabajar. A sus años, aún valora y se siente orgullosa del trabajo realizado.





Maravillas

Maravillas Sánchez es una mujer digna de admirar por su optimismo, por su fortaleza mental y por la unión a su familia y vecinas de toda la vida. Siempre ha sido muy trabajadora, ha tenido hobbies y en los últimos años, a pesar de tener muchos problemas de salud, ha luchado por recomponerse y mantenerse optimista.

Tiene 84 años y, aunque ha demostrado a lo largo de toda su vida su fortaleza, ha sido en los últimos años cuando ha tenido que aferrarse a la esperanza y al optimismo.

Nació en Canara, un pequeño pueblo de la Región de Murcia. Sus padres en total tuvieron 6 hijas y un hijo, por lo que las niñas no se quedaron al margen de trabajar y apoyar en la economía familiar. La familia tenía un molino para hacer harina y desde muy pequeña tuvo que colaborar en el negocio. Ella y sus hermanas colaboraban en otras tareas como ir a por agua a una fuente, porque no disponían de ella en casa, y sacar a comer a los burros.

Aprendió de su madre a hacer jerséis cuando tuvieron que pensar en otra idea de negocio para sacar adelante a su familia. Desde ese momento tomó contacto con el mundo de la costura y lo ha mantenido mientras ha podido.

Cuando creció siempre tuvo claro que quería trabajar y ganar su propio dinero. No quería que la mantuviera nadie. Empezó a

trabajar en una fábrica de conservas en un pueblo cercano al suyo y allí conoció a muchas chicas de su edad, que se convirtieron en amigas. Seguía ayudando en casa y disfrutaba mucho del tiempo libre con sus hermanas y otras chicas del pueblo saliendo a bailar. Otra de sus aficiones era actuar en obras de teatro. Participó de muchas junto a su hermano durante las fiestas de los pueblos más cercanos.

Más adelante se casó con su marido, con el que aún está casada. Esto para ella no supuso el final de su trabajo, ya que prefirió seguir aportando a la economía de su hogar y teniendo una parte de su vida independiente. Su marido fue albañil, por lo que acordaron que ella se encargaría de cuidar las tierras y los cultivos que tenían. Tuvo un hijo y después una hija, a los que crió siempre con valores de trabajo, humildad e igualdad. Cuando su hija y su hijo eran todavía pequeños, también fue a trabajar a Francia a la vendimia. La familia necesitaba más ingresos y ella no se lo pensó dos veces. Dejó a sus hijos con una vecina, hizo la maleta y se marchó para trabajar para sacar adelante a su familia.

A la vuelta de Francia, empezó a criar animales y luego venderlos a sus vecinas y vecinos, especialmente cuando se acercaba la Navidad. También disponía de gallinas y vendía huevos.

Durante muchos años fue la encargada de poner las inyecciones y vacunas en su pueblo. En aquellos años no contaban con centro de salud ni enfermeras, por lo que ella aprendió y atendía a todas las personas que se acercaban a su casa a pedirle el favor.



Aunque parezca que solo vivió para trabajar nunca fue así. Maravillas siempre dejó tiempo para su hobby favorito: el baile. Desde muy joven participó en un grupo de bailes y cantes populares murcianos. Cuando se casó, no solo es que no lo dejara de lado, sino que animó a su marido a que se uniera tocando el laúd. Su grupo fue muy conocido en la Región de Murcia, ya que iban por diferentes pueblos animando en las fiestas. Una de las experiencias más bonitas para Maravillas llegó cuando invitaron a su grupo a la Expo de Sevilla en el año 1992.

uvo tres nietas y un nieto. Era tan activa que cuando llegaba el verano le encantaba alquilar una casa en la zona del Mar Menor y llevarse a sus cuatro nietos a pasar unas semanas de vacaciones con sus abuelos.

Maravillas en los últimos años ha sufrido graves problemas de salud, pero a partir de esto, ha conseguido darle la vuelta a la tortilla y mirar al mundo con optimismo y ganas de



vivir. A finales de 2020, sufrió un ictus que le afectó parcialmente a la visión. En mitad de esa recuperación tuvo una caída y se rompió la cadera. Tras la operación ella lo tuvo claro, iba a darlo todo en su tratamiento de rehabilitación para poder volver a caminar. Durante semanas fue puntual a todas sus citas con la rehabilitadora, donde pronto destacó entre otros pacientes por su fortaleza mental, a pesar de la edad. Hoy en día, ha conseguido caminar con ayuda de un andador y solo en ocasiones necesita una silla de ruedas.



Acude todos los días a un centro de día, junto a su marido. Ella disfruta mucho de sus días jugando al bingo, charlando con otras mujeres de su edad, pintando y colaborando en todas las actividades que se realizan. Cuenta a sus familiares lo que allí hacen y recomienda a las personas mayores que sufren soledad que hagan los mismo. Asegura que es una motivación y una forma de mantener la mente activa y divertirse. A su edad, en su opinión sigue siendo esencial la diversión y las aficiones.

Le encanta recibir la visita de sus vecinas de toda la vida y de familiares lejanos que viene a verla en fechas señaladas. Además, pide que la acompañen a las fiestas de su pueblo, a las misas y organiza comidas familiares en días de cumpleaños y santos. Aunque ella ahora tenga que ir con silla de ruedas, aprecia y disfruta esos momentos en familia como la que más.

Tiene un mensaje muy claro para las chicas jóvenes: que trabajen y que sean independientes. Es la única forma de no atarse a nadie y de permanecer al lado de otra persona solo por amor y por decisión propia y sana.